

POEMAS
Tomados de
DIARIO DE LOS SERES ANÓNIMOS¹

POR: OMAR ORTIZ

¹ Reproducción parcial autorizada por el autor a la revista Cambios y Permanencias durante su lectura de estos poemas en la Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, el 17 de noviembre de 2015. Tomado del original: Ortiz, Omar (2015). Diario de los seres anónimos. 1ª edición corregida y ampliada. España: Editorial La Mirada Malva.

EL CURIOSO COMPILADOR

Deseosos de eliminar el fisgoneo humano,
los sacerdotes cercaron la curiosidad de nefastos peligros.

Pero aunque la búsqueda nos cueste el paraíso,
hombres y mujeres permanecemos ávidos de lo oculto.

Nos encanta esculcar, mirar, catar,
sonsacar al otro sus pequeñas historias,
reflejo y consuelo de nuestras mezquindades.

Por eso les entrego este breviario,
fruto de mi ociosidad y de mi ingenio.

De las cualidades que desde temprana edad
debe reunir un escritor:

una obstinada pasión por la belleza,

un exagerado apego a sí mismo

y un notable apetito por la desmesura y el engaño.

Lo demás son retóricos embelecos

que inventan críticos y profesores de literatura.

LINO MORA

Tengo un circo de pájaros y nubes,
mis payasos declaman como Berta Singerman
y el equilibrista se nombra Troilo
aunque no canta tangos.

Radio Teatro la Esperanza,
es la razón social de mi locura.

Recorro parques y conventos de monjas,
son más cercanas a la risa
las profesantes de clausura.

Mi díscola tropa de saltimbanquis
comete pequeños hurtos,
pero la policía es complaciente
siempre que no entonemos La Internacional
para animar el acto de la contorsionista.

Mi esposa falleció
y soy el orgulloso padre de Linda Elvira.

IFIGENIA FRANCO

Al carecer de alfabeto

no sé si un libro pueda contener el mundo.

Vana pretensión, cuando hay caminos en las estrellas

que el atento percibe en la flor del heliotropo.

La tinta no es mi fuerte, mas puedo componer algunas señales

dibujando corazones, golondrinas, sueños livianos

en la mirada de los amantes.

La vida es extraña para quien retrata encantamientos.

Sí, son cambiantes los signos y la lluvia,

como la mimosa que puede ser alimento o dulce placer.

Pero los poetas mienten, igual a las postales que ofrezco.

Pronto, llega el viento.

ANATILDE JIMENEZ

Llevo mi casa enchambrada de sueños.
Hay tiestos por todo el frente de la casa,
tiestos de flores que recuerdan antiguas terrazas.
Una puerta de cedro invita al hogar.
Alfonso Tabares y sus ocho hijos
la fueron tallando despacio,
como lo merece una nave que se ofrece al viento.
Eso fue antes de la última guerra,
antes que los mataran uno a uno porque se negaron
a cambiar de oficio.
Ellos que nacieron con la lija, el cepillo, la garlopa,
no estaban para fusiles y granadas.
Pero en mi casa de humo siempre estarán sus huellas,
porque arrastro su olor,
la presencia humeante de las grandes marmitas,
donde alumbraba el fuego de todas mis querencias.

CIELO LUNA

No hablo desde que el alma de mi padre
habita mis sueños. Es joven, mi padre.
Lleva un vestido blanco, cuello de pajarita
y corbatín negro.
Me regala dos muñecas de trapo. Ellas me gustan
como detesto a mis iguales.
Desprecio sus estudiados gestos,
su palabrería vana.
Me alegra el llanto de un niño, o su recuerdo.
La sombra del sietecueros me confunde,
Tengo noventa y tres años y estoy sorda como una tapia.

MARÍA MORALES

A pesar de las advertencias de mi confesor
siempre fui fiel al asombro.

Indagaba por el héroe que por tres jornadas
cargó en sus hombros la luna,
matizando de plata las hojas del yarumo.

Nadie respondía mis preguntas hasta que un poema
descubrió para mí las correspondencias secretas
develadas por los guardas del ojo de la nube.

Me hice maestra para preservar el milagro.

Los niños lo intuyen,
por ello desconfían de los números quebrados
y del estómago de las vacas donde hay un bonete
y un librito que provocan risa.

Pero mis superiores me reprenden
y las compañeras de la escuela me envían dulces
y lindas postales donde desean me alivie pronto.

MARÍA LUISA DE LA ESPADA

Por defender mis privilegios
permíto se me incluya en este opúsculo.

Un tal De Quincey publicó hace algunos lustros
la historia de una monja que disfrazada de alférez
arribó al Nuevo Mundo.

Es tiempo de aclarar el infundio.

No existió tal monja y sólo yo enfundada en traje de guerra
me allegué a estas tierras con el capitán Juan de Borja
a poner sitio a la tribu Pijao
alzada en armas contra Su Majestad.

Con el auxilio de Dios y de Fray Pedro Simón
consumamos el exterminio.

Nos dimos entonces a la búsqueda de tesoros,
encontrando mucho oro y el perdón del Señor,
que acogió mi alma cuando el veneno
de Su Ilustrísima paralizó mi corazón.

LEONILDE ROSAS

Contraje nupcias joven.
No sabía que mi marido gustaba del licor
y de las putas. Tanto que eran su negocio.
El bar Pielroja, llamaba mi calvario.
Ni mis guisos, ni mis dulces de leche
pudieron retener sus ímpetus.
Hasta que Dios intervino para mi viudez,
no hubo sosiego. Guardé un discreto luto,
vendí con ganancia los bienes de la infamia
y pude solazarme al diez por ciento
con las angustias de mis vecinos.
No tengo queja, creo que la vida es justa.

JAIME LÁZARO

Al nombrarme mi madre esperaba para mí dos vidas.

Será por eso que sobrevivo a la destilería
de güisqui herencia de mi padre.

Sólo seguimos las enseñanzas de Jesús.

Si el nazareno repartió en las bodas de Canaán
agua convertida en vino, nosotros sus discípulos,
brindamos agua transformada en dólares.

Pero los papistas nos persiguen,
han desatado contra nosotros el furor de su policía,
la inclemencia de su justicia.

En su odio ciego blasfeman y nos llenan de improperios .

Pero el reino de los justos prevalecerá,
para defender la única verdad,
hemos abierto el cielo al comercio de ángeles.

EL LOCO CEBALLOS

Ni las ocho balas que me metieron en el cuerpo
pudieron callarme.

Sigo contando de norte a sur,
de oriente a occidente, que el jefe de la policía
es como la Santísima Trinidad,
porque también es el jefe de los traficantes
y el jefe de los bandidos.

No saben que los insomnes padecemos la eternidad.

Sin pegar el ojo,
recorremos los senderos del sueño.

EL NEGRO MARIN

Me confunden con el héroe de Los Chancos,
pero no, la vida es mi batalla.

Dura contienda, soy maestro en artes musicales.
En tiempos mejores, violinista de la Scala de Milán,
donde hice amistad con Brindis de Salas,
habanero de nacimiento, cenizo y pasudo,
pero tocado con el don de las castálidas,
a quien, para su infortunio, invité a estas tierras,
donde fue consumido en un palenque de Guayaco
por una negra brava que lo esclavizó en sus encantos,
bebiendo aguardiente y recorriendo el río
para llenar la panza de guayabas silvestres.

Carlos Brindis de Salas, volvió a su isla
donde murió olvidado. Pero el mundo es suertudo,
la negra está tocando el piano.

DULIMA MONDRAGÓN

Soy viuda de Walter fabricante de condones
que nunca usó. Por ello soy parida varias veces,
tantas, que mejor callo.

Mi sino es un túnel con apariencia de espejo.

De niña me apasionaban las dalias,
pero mi madre sembraba arroz en los floreros.

De adulta, para equilibrar mis emociones,
decidí escudriñar los secretos de la respiración,
leer a Chopra, practicar el Feng Shui,
y convertirme en vegetariana mientras gano mi sustento
embutiendo carnes en un conocido frigorífico.

Mi vida es idéntica al lugar que habito,
finge ser un paraíso pero sus naturales
padecen las más atroces pesadillas.

ALBERTO Y MARÍA CARDONA

Como en el juego de infantes,
en la montaña hay un lago,
en el lago una isla,
en la isla una casa,
en la casa mi hermano y yo.

Mi trabajo es criar ovejas, esquilarlas
y cardar su lana para entregarla a Zenón,
cuando asoma sus narices,
a cambio de sal y pescado seco.

Mi hermano cuida la huerta,
hace muñecas de trapo con el rostro de Madonna
y prepara un mamotreto sobre Unabomber
plagado de citas de Emerson.

Es curioso, el poeta cree soñarnos,
pero es él quien hace tiempo
habita nuestra memoria.

FLORITA FRANCO

Yo también viaje por los cuatro continentes
pedaleando una máquina Singer, como cuentan
Leonora Carrington y el poeta Roca
de algunas de sus conocidas.
Pude ser una delicada modista,
ya que mis ojos y mis manos eran sabedores
de los secretos del lino.
Pero el Señor puso en mi camino un marido infame
y tres pequeños de ojos asustados.
Hice lo que pude, más mi obra nunca vistió mi sueño.
Por eso, preferí el silencio.

ENRIQUE URIBE

Un tío abuelo fue muerto a golpes de hachuela,
otros, descuajaron montañas, fundaron ciudades,
construyeron ferrocarriles, escribieron libros.

Mi padre, que era comunista,
buscando burlar a los agentes del régimen
vino a esconderse en las faldas de mi madre.

Allí fui concebido.

Con la pólvora malograda por la huída,
dicen las malas lenguas. Nací un poco locato,
apto para ser presidente o senador vitalicio,
pero prefiero vender lotería y hacer versos clandestinos.

GRACIELA ORTIZ

Soy la madre de Hernancito
al que unos bellacos despojaron de sus bienes
consumiéndolo en la melancolía.
Al ser difunta,
no pude evitar la truhanería.
Más ruego al cielo que los rufianes
(siempre jugaron con naipes marcados)
encuentren escarmiento,
y la carta de la torre se invierta
en sus dominios.

MARCIAL GARDEAZÁBAL

Pertenezco a una estirpe que siempre
vive a destiempo.

Mi padre, víctima de un ataque de narcolepsia,
fue enterrado vivo.

Después del macabro hallazgo,
mi hermano Joaquín convirtió su pesadumbre
en un interminable monólogo con la muerte.

Ernesto, otro hermano, virtuoso artista,
entregaba los lienzos al fuego no más eran alabados
por cualquier transeúnte.

Tío Pedro, armado de una tiza,
escribía en los muros iracundos poemas.

Y yo, el más práctico de los mortales,
me hice librero en un pueblo de analfabetas.

No se alarmen, es la saga que contará mi nieto.

NILSA POLANIA

Son nueve las llaves de mi reino.

Mis huéspedes ofrecen a mis setenta años
las más variadas consejas.

La maledicencia, la avaricia, la envidia y todas las cualidades
que engalanan la condición de mis habituales,
lustran los armarios, los balcones, los encalados y rosetas
de los aposentos.

Si no apremiara el sustento,
me negaría implacable a sus nostalgias.

Pero no supe atesorar mis encantos,
pese a mis solicitadas y bien pagas destrezas.

¡Cuán efímera es la sapiencia del cuerpo!

Mañana yaceré en los muros de este hotel,
donde el amor enferma y la tos disculpa las afrentas del día.

CARLOTA POMBO

A los diez años cuando supe que en esta ciudad
las cloacas vertían sus inmundicias
al río de nuestros mayores, juré no volver a probar
ni a tocar el agua. No sería yo,
con mi linaje y buenas costumbres, la que alimentara
y lavara su cuerpo con la porquería de los vecinos.
El agua puede ser útil para lavanderas y jardineros
dada su plebeya condición.
Pero para quienes gozamos de una buena mesa
rociada en vinos y de un mejor tocador,
exquisito en fragancias y perfumes,
sólo puede ser principio de procaces semejanzas.
Ya lo decía el bueno de Miguel Antonio, mi marido,
la democracia es un monstruo branquicéfalo.

LA LOCA ENEIDA

Cuando la mujer canta la cocina humea,
reza San Lázaro, santo patrón de ollas y peroles.

(los frijoles rojos, los frijoles verdes,
los frijoles blancos, babalú, ayé).

Ni el tomillo, el azafrán, el poleo o el ajo,
dan ricura a mis guisos.

Son el humor de mis grandes tetas, mi generoso vientre,
que la llama complace, los que ponen punto a mi sazón.

No son los calderos oficio de esmirriadas.

Suyo es el arte del murmullo,
el revoltijo de la amargura y la maledicencia.

YOLANDA GÓMEZ

Soy la madre de un jurisconsulto,
de un descreído tratadista que bebe yagé
y tiene comercio con los brujos del amazonas.
De nada ha valido mi devoción al Niño Jesús de Praga,
las estampitas que reparto a mis contradictores
encareciéndoles una oración por los faltos de fe.
Pero nada, o no creen o levantan falsos ídolos,
como la imagen que los farsantes promueven
en ventorrillos y mercados populares.
Ni el obispo Wojtyla a quien rogué se pronunciara
contra el usurpador ha atendido mis súplicas.
En el santuario del infante apócrifo
prosigue la romería de los humildes,
y no hay ley, divina o humana, que prohíba la burla.
Pero la verdad resplandece en mis reliquias,
en mi pequeño rey, prisionero de mi esperanza.

LA CHINA

*“El trece de mayo la virgen María
bajó de los cielos y cómo le iría.”*

Así cantaba yo en homenaje a la imagen
que los sacerdotes paseaban mientras desde el puente
los camiones descargaban su siniestro transporte.
No sabía, a mis ocho años cumplidos, de Portugal,
de Fátima, de Cova de Iría, de pastorcitos
y menos de milagros.
Soñaba sí, y en mi ingenuidad de niña,
temía por la suerte de la Virgen huyendo monte arriba
con el Niño en brazos. Así corríamos nosotros,
la muerte pegada a los talones
y el olor del miedo resoplando en la espalda.

CHUMILA RODRÍGUEZ

He caminado todos los dolores.

Como la vaca parida que descuartizaron en el potrero,
así me mataron.

A padre y madre que llegaron huidos de otra guerra,
a descuajar monte, desyerbar,
entregar la semilla de sus cansados huesos,
no les perdonaron su mirada sin miedo.

Hoy se pudren insepultos en el río.

Chepe Álvarez, mi marido, carpintero de oficio,
tuvo suerte, lo obligaron a construir su propio ataúd.

Allí lo enterraron.

Junto a Dionisio Rojas y sus sobrinos.

Muy cerca de mi cuñada Emilia que nunca despertó.

Tanta tierra en el mundo

y apenas disponemos de unas cuantas paladas,
cuando la rapiña no da cuenta de nuestros despojos.

Muchas cruces señala Dios para su exilio.

ISABELLA ZÚÑIGA

“Tengo los oídos en la punta de los pies”,
dice Isabella,

en tanto su pierna izquierda busca
la dirección de la estrella vespertina.

“Mis oídos y mis pies son la forma carnal
de mis alas”, afirma sin rubor.

“Unos y otros participan del milagro de la levedad
que me permite múltiples cabriolas
sin que mi cuerpo perciba el peso de una hoja”,
termina sonriendo,
y se aleja,
convirtiéndose en un interminable remolino blanco.

B. TRAVEN

Mi reto es con el tiempo.

Trabajo para que perdure el nombre de los muertos.

Cuando mis manos no graban el testimonio de la piedra,
escribo historias, narraciones que hablan de lo efímero.

Pero mi nombre siempre será un misterio.

Importa la obra de un hombre, no sus gestos,

menos sus minucias,

y no seré yo quien dé qué hacer a los críticos,

ni riqueza a los biógrafos.

Por ello los confundo, dejo datos falsos,

erróneas pistas, sombras chinas en un mundo de ídolos.

Basta mi lapidario oficio para celebrar mi sustento.

CORNELIA CORTÉS

No siempre estoy muerta.

Algunas noches sorprendo a los transeúntes
con mis piernas de seda.

El liguero es negro, como las mulas
arrodilladas ante la custodia. Milagro
que no salvó mi vida pero que arruinó la del párroco
y la del sacristán que mintió por perderme.

La joya yacía enterrada en las afueras,
hasta el paso de los animales enviados de Dios.

Por allí me avistan quienes pierden el habla
al intentar tomar la flor de mi jardín.

Los ebrios, dudan de mis encantos y huyen.

Su delirio los salva del sortilegio y el hechizo.

Saben que mi belleza está esculpida en la roca
que rueda una y otra vez de la montaña.

CLEMENCIA TARIFFA

Hacer una flor es estampar una sonrisa alada.
Una orquídea finge el secreto coqueteo de la luz,
como si una mujer pudiera moldearse en un parpadeo.
La astromelia es el lecho acunado por la lluvia,
el cultivo del agua es salmón y violeta.
Pero no puede ser híbrida la belleza, es el principio del engaño
que no por fastuoso causa menos dolor.
Tanto hay que descubrir, para qué deformar
la fragancia de la rosa, el encendido amarillo del girasol.
Mi mano es cuidadosa con el ángel,
no es repetible su encanto ni su olor.
La tierra que abono, el tallo que vigilo,
la hoja que acaricio, son los mensajes del milagro,
las formas secretas de mi alma.

MELBA VALDERRUTTEN

Un aventurero holandés
soñó la noche del 15 de abril de 1867
con una mina de oro al otro lado del mar.
Así arribó a estas tierras,
primero al Canadá, luego a California,
donde amistó con Germán Cardona
que lo trajo a Cartagena, no sin antes beberse
todo el ron de las Antillas.
Años después se asentó en este pueblo
donde se dedicó a la gaaquería
y a la errancia constante.
Cada tanto, mi madre abría su puerta
con la seguridad de una nueva promesa de amor.
Así nací,
con el recuerdo de un mar que no conozco,
atisbando en las noches de San Juan las rutas del fuego,
soñando el cielo de mis ojos,
esperando a Daniel, que vendrá sin saberlo.

LA BELLA ESTHER

Me gustan las mariposas, no las nocturnas
que dan miedo y traen malos presagios.

Las que abanicen el milagro de su color
son mis preferidas.

Mi cuerpo es leve y si no vuelo
es porque prefiero el peso de mis nalgas.

Mis dulces redondeces en las manos de ellos,
en su sangre. Locos como niños,
imprudentes a la aventura de mis brazos,
renuevan cada noche su promesa y su deseo
alimenta el capullo donde yazgo,
como la mecedora que acuna las caricias
y el susurro del viento.

TRÁNSITO MARTÍNEZ

Lavo con lejía y flores de naranjo.

Aún así no puedo desvanecer los secretos.

La ropa enseña el alma de sus dueños,
sólo hay que saber leer en el cuello doblado,
en el brillo del calzón, para no mencionar intimidades.

No hay arcanos para la lavandera,
por eso me huyen quienes disimulan fraudes y engaños.

Y eso que en mi boca no se cuecen novelas,
pues estilo el recato. Una pequeña mancha
puede esconder el azufre de la desventura.

Las piedras del río ya no golpean mis pequeñas historias.

CAROLINA RUEDA

Mi madre dice que soy parienta de las libélulas.
Debe ser cierto, porque de niña coleccionaba
bombillas de colores.
Me quedó en algo la costumbre, ya que soy
la artista principal de un circo de sombras chinas.
La carpa que cobija mi errancia ha sido testigo
de mis múltiples y aplaudidas transformaciones.
Puedo ser emperatriz de Babilonia
y modesta costurera de barrio, en menos de un parpadeo.
Funámbula o recitadora de versos,
según el espectáculo sea con luz solar o eléctrica.
También represento papeles dramáticos.
He sido esposa y amante pero siempre salgo del lío,
no más apago el interruptor y termina la función.

EMMA PERDOMO

No, no hablo con los gatos
como el señor Murakami suele hacerlo.
Interminables chismografías felinas se establecen
en su patio de tierra.
Pero de niña me acunaron en plumas de paujil
y entiendo el lenguaje de las aves.
Me despiertan con sus cuitas,
con sus trinos sobre los embelecados del jazmín,
o sus observaciones a la mala voluntad de la violeta,
a la que no bajan de intrigante y marrullera.
Los gatos lo saben.
Desde su hipócrita ensueño
acechan mi entendimiento alado.
Atentos por si equivoco un gorjeo
que les convida a una aérea y contundente cena.

CARLOS A. JIMÉNEZ

Me llaman poeta,
igual podrían decirme el loco, el extranjero.
Todos los nombres no son más que acertijos.
Hice de este parque mi hogar.
Es un libro abierto,
donde nunca muere su autor.
Por lo mismo abomino de las bibliotecas,
santuarios de autores muertos.
Mi libro mira al cielo,
sus páginas se ofrecen a los delirios del viento
y a la voracidad de los pájaros.